ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EPÍLOGOS DEL MES

Las cosas viejas.

Parece que nuestra misión es sencillamente una obra de retoque. Todo lo viejo, todo lo que ha pasado vuelve, y vuelve á ser nuevo, aunque siga siendo viejo y más viejo, naturalmente, que lo fuera en otro tiempo. Esta consideración nos la ha provocado este libro de Jules Bois, *Le Miracle Moderne,* que ha salido hace poco de las prensas parisienses.

Le Miracle Moderne es un buen título, un título sugestivo; pero en el fondo, de lo que habla en todas estas páginas es de «le miracle antique», del milagro de siempre, de nuestro desconocimiento de las cosas y de nuestra precipitación en juzgarlas. Y es que á fuerza de trabajar constantemente sobre las mismas palabras y de emplear los mismos instrumentos para verter nuestras ideas, éstos se mellan y aquéllas se desubstancian.

El milagro y la maravilla no pueden sorprendernos porque los veamos con más ó menos frecuencia; nos sorprenderán siempre cuando detrás de ellos veamos una cosa superior que nos es verdaderamente inaccesible. Si no vemos tras de un hecho algo inaccesible, no podemos ver en el hecho nada maravilloso ni nada de milagro. La crítica contra el milagro en el siglo XVIII se reputaba como impía, no porque negase finalmente el mila-

gro, sino porque subiéndose sobre el milagro, por decirlo así, encaramada sobre él, rechazaba más allá de nuestros límites lo Divino Inaccesible. Se negaba la comunicación divina, y era entonces inconcebible una sociología superior que tratase de las relaciones entre los dioses y los hombres.

Después de buscar lo divino por todas partes, hemos vuelto á la inquisición más próxima, y lo buscamos ahora en nosotros mismos, como lo buscaba San Anselmo de Cantorbery, y como lo buscaron siempre en todo tiempo los pueblos más adelantados y religiosos de Oriente. El milagro y la maravilla ya no son hechos plásticos, tangibles, cosas colocadas en el espacio, sino modos, maneras, planos de nuestro yo. La alteración repentina de las leyes naturales podría encontrar una explicación sencillísima y aceptable si ocurriese una vez; pero la alteración constante y repetida de nuestro yo, menos sorprendente y notada, no se explica con tanta facilidad, ni nos la explicamos nosotros mismos. Ese es el milagro que persiste, y lo inaccesible que lo sustenta es nuestra propia conciencia.

El gran facedor de milagros es el yo, el yo superior, no ese yo egoísta que invocamos á todas horas, porque el verdadero yo es ya un milagro; un hecho que supone lo Supremo Superior, si es que podemos decirlo así.

En ese yo están todos los grandes poderes, todas las grandes energías de la acción milagrosa. Están dormidas, están latentes en la gran mayoría de los hombres, y en los más avanzados se revelan y manifiestan en fragmentos, en pedazos, en partes que avaloramos como cosas geniales.

Hay medios, hay muchos medios de poner de manifiesto en la realidad esos poderes ocultos de que disponemos. Pero hay medios también de falsificarlos, como hay medios también de tomarlos por falsificados cuando son reales y verdaderos. La inspiración felicísima de los artistas, las geniales audacias de los hombres más eminentes no son sino manifestaciones de esos poderes latentes que duermen en todos los hombres, como en el arpa del poeta duerme la nota «esperando la mano de nieve que sabe arrancarla».

Nuestro subconsciente es realmente nuestro superconsciente. Es lo razonable y lo sabio que se nos hace instintivo. Es todo nuestro saber. Una multitud de bondades nos darán una bondad superior, instintiva, como una multitud de maldades,

de acciones malas, no harán inevitablemente (instintivamente) males. Lo que nos hace no desviarnos del itinerario que hemos de seguir para ir á cualquier parte, sin preocuparnos aparentemente de ello, es todo nuestro saber convertido en instinto. Eso que parece tan oculto, tan extraño, tan misterioso, es lo más natural, y del modo más natural se desarrolla.

El peligro de siempre. Los malos procedimientos no pueden dar un buen resultado. Los poderes ocultos no se desarrollan sencillamente aplicándose á la práctica material. La morfina ilumina un momento la inteligencia; el alcohol provoca un entusiasmo, un profetismo de unos instantes. ¿Y qué? No se trata nada más que de provocaciones, y siempre, absolutamente siempre, de la toma inoportuna y estéril de un remedio que se trueca en tósigo. La posología oculta es tan oculta, que se ignora por completo, porque no es una ciencia de todos, sino de cada uno, y de cada uno de los verdaderos profetas.

Recientemente ha ocurrido un caso que testifica los peligros que acarrea la práctica desmedida de los malos ocultismos. Un pobre hombre que ha perdido su cabeza, ha sospechado por un momento que se la habían cambiado. Después ha intentado un crimen. Según todas las informaciones realizadas hasta ahora, ese demente ha sido un hombre que ha querido ascender nada más que por medios materiales.

Su locura es más antigua de lo que puede suponerse. Es la obra de una mala inteligencia y una obra de la vanidad malsana, de la vana vanidad que rige á los egoístas. Hay prácticas que elevan efectivamente á los hombres y que depuran el espíritu; pero hay que conocerlas bien y que ajustarse á sus reglas.

ARIMÍ

Cuando nuestra humanidad sea en toda la tierra un reino interior, una pacífica y armónica *domesticidad*, entonces se reunirá con todos sus miembros en una vida indivisible.

C. Cr. Federico Krause.

PÁGINAS SOBRE ENRIQUE FEDERICO AMIEL

D'où vient au cœur son amour du mistère?
Pourquoi toujours, par delà le connu,
Aux bleus pays d'où nul n'est revenu
Rêve-t-il; donc, inquiet sur la terre?
C'est son tourment, mais un tourment béni.
Que te faut-il, pauvre cœur?... L'infini!

H. Fréd. Amiel.

Comencé en Ginebra la lectura del *Diario Intimo* de Amiel. No era para mí un libro desconocido. Ya en España tuve noticias del mismo, pero vagas noticias bibliográficas, de las que permiten hacer pensar que hemos ahondado en lo que sólo superficialmente conocemos. («¿El *Diario Intimo* de Amiel? ¡Ah¡ sí... Un libro de confesiones, sincero, encantador... Bourget habla de él...» ¡Cuántos libros hemos leído así! Pequeña vanidad de vanidades...)

Desde las primeras páginas del *Diario* comprendí que me hallaba frente á un libro único y que iba á asistir al desnudarse de un alma. Como yo estoy en ese período de la vida en que el yo nos absorbe, en que el espectáculo que más nos interesa es el de nosotros mismos, amo todos los libros que se corresponden con mi actual estado de alma. Y—es curioso—encuentro en todos esos libros muchas cosas que yo siento y que hubiese querido decir. Y esta supuesta afinidad se explica con dos razones: primera, todas las almas que se confiesan tienen semejanzas: la inquietud, la duda, la intronspección, el desengaño; segunda, los espíritus jóvenes son tan orgullosos que piensan que todas las cosas se parecen á ellos; son tan orgullosos que piensan que todo, hombres y Naturaleza, son como un reflejo de su mundo interior. Claro que me refiero á los espíritus jóvenes que piensan, á los que analizan sus sensaciones y van formando—con una ciencia sentimental—su concepto de la vida.

Así trato yo de explicarme una frase que tuve apenas comenzada mi lectura de Amiel. Fué una frase toda de emoción

y de verdad. «¡Cómo se parece este hombre á mí!», dije, y escribí en mis notas de viaje lo siguiente:

«Anoche he leído, durante tres horas, en el libro de Amiel, y he adquirido la certidumbre de que su libro me acompañará toda mi vida. El espíritu de Amiel es muy semejante al mío. Amiel es como yo, un desconfiado de sí mismo; tal es su característica...»

En seguida me creí en posesión del secreto de Amiel; en seguida creí comprenderlo, y precipitadamente continué escribiendo.

«En definitiva Amiel es cobarde; pero su cobardía es noble y valerosa. Escribo esta paradoja convencido de la verdad que encierra. Ser reflexivo, analítico, sensible é imaginativo como Amiel y llegar, en fuerza de discurso y réplica interior, á ser infecundo, es algo que yo encuentro grandioso. Amiel no podía ser un filósofo sistemático, ni un poeta, ni un historiador, no podía ser nada de esto por entero: le faltaba el valor de afirmar ó de sostenerse en lo afirmado. Le faltaba, pues, el valor de producir. Era demasiado absoluto, demasiado solemne en su espiritualidad. Había entrevisto el imperio de Maya, no concebía ilusiones parciales, el ideal ó nada. Y su ideal ¿cuál era? ¿Poseer la verdad? ¿Qué verdad? Para él no existía sino la Verdad. ¿Y cuál era la Verdad de Amiel? ¿La posesión de Dios? ¿La conquista de la voluntad? Pero él mismo se ha preguntado si la voluntad estaría en la fuerza ó en la resignación.»

Tales fueron mis primeras impresiones sobre el libro que leía. Lo leía recogidamente y me era grata la idea de leerlo en el mismo país en que se escribió su mayor parte. Yo podía después de cerrar el *Diario,* mirar el mismo paisaje que contempló Amiel, recorrer las mismas calles que él recorría y recibir la sombra de algún olmo centenario bajo la cual reflexionara el filósofo hace muchos años.

Todo esto era un dulce y juvenil romanticisco que yo no traté de amortiguar. Es el propio romanticismo que me animó á escribir sobre Amiel, hombre poco conocido en España, que es, por ahora, la tierra en que yo puedo publicar mis producciones.

Conforme avanzaba en mi lectura iba exponiendo mis juicios: «Amiel—decía—es un hombre inclasificable. ¿Qué ideas tiene? Todas: cree en todo, que es lo mismo que no creer en nada. Habla como un místico y discurre como un panteísta.

Vive, se deja vivir. Investiga, discute, exalta y conlonesta las acciones humanas. Obtiene grandes certidumbres que le sirven para amedrantarlo de la vida y la mayor que obtiene es la de su incertidumbre. Es un inadaptable, como decimos ahora. «Yo »tengo—escribe—la epidermis del corazón demasiado fina, la »imaginación inquieta, la desesperación fácil, y en mí las sensa»ciones inesperadas se prolongan durante largo tiempo. Lo que »debiera ser mi alegría me llena de tristeza. La realidad, el »presente, lo irreparable, la necesidad, no sólo me repugnan, »sino que me hieren. Tengo bastante imaginación, conciencia »y penetración, pero no tengo energía. La vida teórica, para »mí, es suficientemente grande, elástica y reparable. La vida »práctica me hace retroceder.» He aquí el retrato del filósofo trazado por sí mismo. Los que no amen los libros de intimidad, incoherentes y temblorosos, aromados por la confidencia, incensados con el incienso de la verdad—de la verdad tumultuaria é informal de nuestras almas—; los que prefieran los libros lógicos y serenos, rígidos por su plan, no deben leer sino las líneas antepuestas, para trabar conocimiento con Amiel. Ellas les dirán que el pensador suizo no tenía voluntad, que era un poeta. Nada más. Escuchar al amigo que en voz baja nos refiere la historia de su alma y que ríe y suspira y llora en un ambiente de paz es cosa propia de los que, como yo, lo aman todo y ven en el dolor y en la duda de los hombres la gracia y el misterio de la vida.»

Así, al margen del *Diario Intimo,* he ido anotando mis emociones. Las emociones tienen una verdad momentánea y luminosa. Y luego, la reflexión la modera, la debilita y rectifica á veces.

Este á modo de glosario continúa así:

«Para Amiel, la voluntad no consiste en ser fuerte, sino en ser resignado. Su voluntad es la del renunciamiento, la de no querer. ¿No querer porque somos incapaces de conservar? ¿No querer porque carecemos de la facultad de poder? Yo no acierto á responderme. Amiel escribe: «Ordena tu vida. Deja vivir á »los que viven y resume tus ideas. Haz el testamento de tu pen»samiento y de tu corazón, que es lo más útil que puedes rea»lizar. Renuncia á ti mismo y acepta tu cáliz con su miel ó su »hiel, lo mismo da.»

Son frases de un estóico primitivo, tan humildes y tan pu-

ras como las de Epicteto. Los estóicos de ahora valen más que sus antepasados de Grecia. Hoy es más grande el sacrificio. La civilización ha creado para el hombre que piensa mil voluptuosidades y atractivos que no existieron para Platón ni Sexto Empírico. Entonces el hecho de pensar hacía fecundos á los hombres. Ahora es preciso escribir, y pensar luego. Antes un hombre pensaba en voz alta, y no había otros libros que la memoria de los que escuchaban y las tabletas de los amanuenses. Hoy, con una inteligencia hábil y con cierto juego de sistemas se escriben libros, muchos libros, y se escucha, no el elogio reflexivo de los iniciados, sino el aplauso inconsciente de las multitudes.

Dice Amiel: «Haz que Dios descienda hasta ti. Embalsámate de él para poder vivir. Convierte tu alma en un templo del Santo Espíritu. Haz buenas obras y procura hacer mejores y dichosos á los que te rodean. No tengas ambición personal, y así, con la misma entereza, seguirás viviendo y no te sorprenderá la muerte.»

El Dios de Amiel es el mismo de los Spinozas y de los Schellings. El panteísmo idealista está envuelto en misticismo. Para el éxtasis y el arrobamiento basta la creencia en algo supremo. Lo supremo, en el pecho de algunos hombres, se cubre de tristeza y en otros se llena de perfección. El Dios de Amiel era bueno. El pensador achacaba los males de la vida á los hombres. Tenía todas las condiciones precisas para ser un santo. Y lo era. Pero un santo educado en las Universidades alemanas, con los libros de Fichte y de Hegel y no hecho en los claustros con lecturas de San Anselmo y de Santo Tomás.

Un hombre tal no podía ser fecundo. Fecundidad es ambición. Ambición es progreso. Amiel estaba convencido de la duda de la vida, de la ineptitud de las civilizaciones para combatir los males del espíritu y de la fragilidad metafísica y del arte. Estaba, asimismo, convencido de la fragilidad suya (la epidermis del corazón demasiado fina), y tenía, por encima de todo, el duro y respetable egoísmo de la indiferencia del porvenir.

En algún momento creyó que toda la vida puede, debiera estar regida por una ley. La del amor. «Siempre amar; es nuestro deber.» Y creía mejor en el ingenuo y fogoso amor cordial

que en el amor intelectual, sereno y exquisito. Y jamás comprendió las pasiones dementes y los deseos tumultuosos. Él no paseaba por el jardín de Epicuro, antes bien, por el huerto de Jesús. Era cristiano. Fué, tal vez, de los primeros en reaccionar hacia el proto-cristianismo. Y después de él, sin embargo, habían de llegar los naturalistas que escribieron—¿dónde he leído lo que voy á decir?—«como si Jesús no hubiese pasado por el mundo.»

«Vivir—definía—es querer siempre, es restaurar cotidianamente nuestra voluntad.» Él no restauraba su voluntad para la lucha, sino para la resignación. Insisto en esto porque esto explica la mansedumbre de Amiel. Sus confesiones no son cáusticas y agresivas como las de Rousseau. Rousseau escribe en ellas su defensa póstuma. Sabe que su vida agitada, épicamente arbitraria y contradictoria, su vida fecunda, ha de ser un día juzgada fríamente, y pretende poner de su parte, sugestionar, á los críticos del porvenir. ¡Es grande la intención! Rousseau deja temblar en su prosa todas las pasiones, y la franqueza que revelan es muchas veces una falsa franqueza. Rousseau es un hombre que ha hecho mucho, y como no sabe si ha hecho bien ó mal, trata de salvarse en el testamento de su espíritu. Amiel no ha hecho nada para los hombres y procura justificarse en su libro, que prueba una cosa: que produjo. Su obra fué interior, contemplativa, inútil para la marcha de la humanidad. El aliento de ésta llegó á él suavemente. Los más grandes y trágicos problemas de la vida intentó resolverlos con calma y sutileza. Su libro, hecho en soledad y en misterio, es apagado. Brota de sus páginas un perfume de religiosidad. Todo en Amiel es delicado, casi femenino. Su libro no tiene risas, ni lágrimas, ni himnos. Tiene sonrisas, oraciones y nostalgias.

«Mi privilegio—escribe—es el de asistir al drama de mi vida, el de tener conciencia de la trágicomedia de mi propio destino, es decir, el de no poder tomar en serio mis ilusiones, el de verme en el escenario, en ultratumba desde la vida, y el de tener que fingir un gran interés por mi papel individual, siendo así que yo soy como el autor, que se burla de la importancia de los comediantes, y que sabe lo que ellos ni siquiera sospechan.»

Con este conocimiento de sí propio no puede irse sino á la

esterilidad exterior. Bien se ve que Amiel es un pensador germánico. Su *Diario* lo comienza en Berlín y allí adquiere ese disgusto de la vida real y esa repugnancia por la vida práctica de los filósofos alemanes. Amiel hizo mal en dejar á Berlín por Ginebra. En su patria no encontró ambiente y en Alemania es posible que hubiese creado todo un sistema filosófico. Enamorado del gran *Ich*, de Fichte y del *Devenir*, de Hegel, tenía la base suficiente para levantar por sí mismo un pequeño palacio en la ciudad de los panteístas, en la ciudad donde todos quieren ser propietarios y tener su casa laberíntica, su filosofía.

He aquí algunos pensamientos suyos, en donde se ve toda la intensidad de su vida interior, que «describe curvas regulares análogas á las curvas barométricas independientemente de los trastornos accidentales que las tempestades de los sentimientos y de las pasiones puedan originar en nosotros.»

«Cada alma tiene su clima...»

«Lo que nos parece imposible no es, á menudo, sino una imposibilidad subjetiva. Nuestra alma, bajo el influjo de las pasiones, crea obstáculos gigantes, montañas y abismos que nos detienen. Disipad la pasión, y las fantasmagorías desaparecerán.»

Nosotros mismos nos creamos nuestro mundo espiritual, nuestros mónstruos, nuestras quimeras y nuestros ángeles; hacemos objetivo lo que fermenta en nosotros. Todo es maravilloso para el poeta, todo es divino para el santo, todo es grande para el héroe, y todo es mezquino, ruín, débil y malo para las almas sórdidas y bajas. El malvado crea en torno á sí un pandemonium, el artista un olimpo, el elegido un paraíso.»

Toda la vida se explica por la diferencia de las almas, y pocos pensadores habrán explicado ésta como Amiel. La objetivización de nuestro mundo interior es la vida entera. «Todo lo tenemos en nosotros mismos.« Es el milenario concepto de los filósofos griegos. La ofensa inferida á Hamlet se repite con frecuencia entre los hombres; pero sólo Hamlet puede vengarla sublimemente. Un mismo hecho aniquila y enloquece á unos hombres mientras deja á otros impasibles ó resignados. La única verdad es la pasión. Lo único tangible es lo que ha sucedido.

«Yo tengo la intuición neta y profunda de la huída de todas las cosas, de la fatalidad de toda la vida, de la melancolía que oculta la superficie de toda existencia...»

Estas frases son brotes de análisis frío, tranquilo y transparente; análisis de suprema sensatez, donde el filósofo ve lo único cierto y la última razón de las divagaciones mentales. ¡Cuán amable este pesimismo, todo humildad y mansedumbre! ¡Qué noble heroísmo el de contemplarse sonriente y callado en medio del humano martirio! Humildad en el tránsito de la vida, y sumisión, amorosa sumisión, á la fatalidad, á los dioses ciegos, férreos, duros, inconscientes que la originan. Abandono de toda ambición, de toda cobardía. Negación cotidiana de nosotros mismos. Reconocimiento de nuestra flaqueza... Y esto no impide un sano regocijo frente al cielo sedante, y un ansia fuerte y lírica de infinito. Así, varios días más tarde, el filósofo escribe:

«He probado esta mañana la prodigiosa influencia del clima sobre nuestro estado de alma, y me he sentido italiano y español por esta atmósfera límpida y azul y por este sol de mediodía...»

«Venid poesía, naturaleza, juventud, amor; pasad sobre mí vuestras manos de hadas, que vea yo vuestras danzas inmortales, cantadme vuestras melodías de sirena, hacedme beber en la copa de la inmortalidad y conducidme al olimpo de las almas.»

Fué Enrique-Federico Amiel el que dijo esta frase bellísima y sugeridora, que algunos poetas han hecho pasar luego como de ellos: «El paisaje es un estado de alma.» Pero, leyendo lo anterior, puede preguntarse si el alma domina al paisaje ó si acontece lo contrario. Y yo sé la respuesta. Sólo los enfermos de negra melancolía, los ultrapesimistas son superiores al influjo del paisaje. Los hombres sensibles y sentimentales rinden sus tristezas ante el sol, ante el cielo, ante los inefables espectáculos exteriores. Y tienen entonces una tristeza mística. Tienen la melancolía de las almas buenas y humildes que presienten lo ideal.

En lo profundo del hombre hay un secreto inviolable. Jamás llegaremos á la sinceridad suprema. Siempre existe algo que debemos, que no podemos menos de callar. Es algo que no nos atrevemos á decirnos á nosotros mismos. Es el misterio que llevamos dentro y que, á lo sumo, hemos entrevisto ó sospechado. «Lo más precioso de nosotros mismos—dice Amiel—no se muestra jamás... Nuestro pasado nos es desconocido... El centro de

nuestra conciencia es inconsciente, como es obscuro el centro del sol.»

Amiel pertenece á la legión de los enfermos de la voluntad, de los nostálgicos de ideal. En la vida y en la ficción él reconoce á sus hermanos del dolor. *René* es uno de ellos y representa «la enfermedad de toda una generación (el disgusto de la vida por los ensueños de la ociosidad y las ambiciones vagas y desmesuradas)... Sin saberlo y sin quererlo, Chateaubriand ha sido sincero porque *René* es él mismo.»

«*Fausto* es el tipo angustioso hacia el cual yo gravito... ¡Tipo inmortal, malhechor y maldito!... Espectro de mi conciencia, fantasma de mi tormento...»

En muchas páginas del *Diario Intimo* Amiel habla de su amor á la Verdad. La verdad es unas veces la resignación, otras la conquista de la libertad interior, otras la fe y el renunciamiento progresivo hacia el *no yo*. ¿Pero la Verdad absoluta, la que persigue el pensador? Si un día el hombre llegase á poseerla se moriría de tedio. El encanto de la vida está en ser enigmática, y el hombre exagera su importancia queriendo saberlo todo. (Tolomeo creyó haber dicho la última palabra de la Astronomía. Hegel pensó que había llegado á conocerlo todo.) Jamás llegaremos al reino de lo misterioso, y el gran estoicismo de los hombres estaría en conformarse con ver lo que espontáneamente se les mostrase. Levantando el velo de Isis, mirando á Dios cara á cara, pereceríamos por temerarios. No levantemos el velo. Tal vez Dios es demasiado horrible.

El mismo Amiel ha dicho: «La mayoría de los séres desprecian lo que comprenden y se inclinan ante lo inexplicable.»

Alberto INSÚA.

Si Dios ha podido hacerse hombre, también puede hacerse piedra, planta, animal, y quizás de ese modo hay en la naturaleza una continua liberación.

Novalis.

MIRANDO HACIA EL SAHARA

«La naturaleza ha proporcionado extraños rincones y lugares ocultos para sus favoritos; y desgraciadamente, muy lejos de los llamados países civilizados es donde el hombre puede libremente adorar á la divinidad tal como sus padres lo hacían.» *Isis sin Velo*, cap. XIV, pág. 686, edición española.

La Física del globo demarca una región curiosa caracterizada por desiertos, zona que comienza en el Atlántico, en la colonia española de Río de Oro, continúa por la inmensa extensión del Sahara africano, que equivale á la superficie de Europa, hasta enlazar con toda la cuenca del Nilo, á través del desierto líbico. Forzada luego á ganar latitud por la presencia del mar índico, remonta por la Arabia desierta y el Irán para perderse en el desierto de Gobbi, entre las dos grandes cadenas del Himmalaya, después de afectar á buena parte de las regiones tibetanas y otras que sería prolijo detallar. La especial orografía de América del Norte no permite á dicha zona caracterizarse tanto en aquel Nuevo-Viejo Mundo, pero no nos sería difícil identificarla también hacia la región de Méjico.

No vamos á dilucidar aquí el misterio geológico que envuelve á tan notable zona, playa lejana y extraña contra la que bate en vano el oleaje de la llamada civilización europea. Bástenos consignar el hecho de que más que cuencas marítimas desecadas son una zona crítica del *organismo* de nuestro planeta, caracterizada por su carencia de lluvias entre los países más septentrionales, sometidos á lluvias invernales como las europeas, y los meridionales del trópico, donde los vientos alisios determinan recíprocamente lluvias periódicas y torrenciales durante los meses de estío. El sol, el frío de ciertas noches y los vientos han sido causa de que sus sedimentaciones arenosas oculten un suelo que fuera feracísimo por aquellos remotos

tiempos en que los glaciares cuaternarios se enseñoreasen de las comarcas sobre las que hoy se asienta nuestra civilización.

Si concedemos á nuestra maestra H. P. Blavatsky el mero carácter de un viajero experto y abnegado, que diera nada menos que tres veces la vuelta á nuestro globo, haciendo objeto de su especial visita esta singular zona de ruínas, no podrá menos de llamarnos la atención el hecho de que los grandes depositarios de Verdades perdidas, parezcan encontrarse refugiados á lo largo de esta zona misteriosa.

Cuantas citas del antiguo saber avaloran á *Isis sin Velo* y á la *Doctrina Secreta* se refieren, en efecto, á esta zona que parece solapar toda la prehistoria civilizada, quien tuvo su culminación precisamente durante ese inmenso período glacial que constituye el punto de partida llamado prehistoria en todas nuestras ciencias positivas. Para mí, el mérito principal de entrambos libros está en que nos pone *al habla* con nuestros hermanos mayores por el tiempo; los hombres que fueron y ya no son, y con esotros Hermanos Mayores también por su sabiduría, superhombres é Iniciados que, lejos del oleaje mundial, perduran, cumpliendo la gran misión de servir de nexo divino entre nuestro ayer, nuestro hoy y nuestro mañana.

No es este el lugar adecuado para hablar de las *polarizaciones de las razas*. Todo pueblo á quien el medio ambiente terrestre favorece, siguiendo leyes evolutivas, alcanza un gran esplendor del que decae á la postre inevitablemente, tanto porque la evolución astronómica de la Tierra vaya empeorando cíclicamente el medio (cual aconteciese con la zona que nos ocupa al terminar el período glacial y aumentar el calor), cuanto porque la discrepancia, cada vez más acentuada entre las dos evoluciones intelectual y espiritual, colocándoles en verdadero equilibrio inestable, labren inevitablemente su ruina como pueblo, y sea sustuído por otro de infantil barbarie, quien paso á paso conquiste á su vez, como los europeos, su civilización. La exigua parte de aquellos pueblos decadentes que consiguiese por su esfuerzo vencer al medio y armonizar sus dos evoluciones perderá, presentándonos esa polarización á que aludimos, ó sea el contraste en un mismo suelo de un pueblo degradado, misérrimo sucesor del gran pueblo que fué y una corta *élite* humana, caracterizada por los sublimes poderes del genio y vo-

luntariamente aislada de todo trato mundial, en rinconcitos de esos que *Isis sin Velo* dice guardados para los elegidos.

Extensamente nos ha hablado H. P. B. de las grandes fraternidades arias, del Tibet y de la India y de los Atlantes del Egipto, á las que por las vías rusa ó inglesa le fuese más practicable el acceso, en medio, sin embargo, de peligros inauditos. Pero en citados libros se nota un gran vacío que llenar. *La vía ibera*, que podríamos decir, esa vía que permanece cerrada gracias á la triste condición de nuestra raza, pero que constituye para nosotros una sagrada misión, que en conciencia debemos aprestarnos á realizar. En una palabra: hay que buscar las fraternidades ocultas de Sahara marroquí y argelino, y las que en América aún se aislan de todo contacto con nuestra raza en espera de adecuada ocasión, sólo proporcionada por nuestro progreso en las enseñanzas de la *Religión de la Sabiduría*, esas mismas fraternidades de las que, por las circunstancias de la época, apenas nos pudo hablar H. P. Blavatsky.

¿Pero existen realmente semejantes fraternidades saharianas? Creemos que sí.

Prescindiendo de los diversos pasajes de *Isis sin Velo*, en los que se las menciona, las consideraciones más sencillas nos aportan tamaña sugestión. Investiguemos.

El gran macizo granítico de Ahagar que con el oasis de Ahir ocupa el centro casi matemático del gran desierto, desarrolla sus estribaciones hacia el Sudeste, hasta perderse en la Libia y Abisinia, junto á la curva del Nilo, muy por encima de Tebas y de Siena. Por el Nordeste se sepulta en arena para demarcar los oasis de la ruta marroquí y enlazar con el gran macizo del Atlas del Sur con alturas de más de 3.000 metros. Los verdaderos aborígenes de este país no son los temibles nómadas tuaregs, sino los Zabitas ó Mzabitas, esos curiosos ejemplares de la raza libio-ibera ó guanche, estudiados por el antropólogo D. Manuel Antón, como representantes genuinos del tipo berebere ó morisco, tipo dolicocéfalo, inteligentísimo, maravilloso conocedor de la hidráulica para sus riegos y constructor de oasis que bucea en la arena para sacar á la superficie del estéril suelo todas las lozanías de una vegetación que no se compone sólo de palmeras datilíferas, sino de alfalfa para los ganados y de otros árboles tropicales que en un tiempo alzasen sus copas cubriendo la región con selváticas frondosidades tan comun-

en el resto de Africa. Este tipo berberisco constituye el núcleo de casi toda la raza española en la huerta de Valencia, en los cármenes granadinos y sevillanos, en toda la Alpujarra—pese á las expulsiones religiosas—y en una inmensa parte de Extremadura y Portugal, como nos empieza á enseñar la prehistoria de la Península ibérica. Es, en una palabra, el *hombre del Atlas ó Atlante,* emparentado con egipcios y aztecas, á los que sirve de nexo, y el centro de aquella raza archiprehistórica que en Extremadura grabase las rocas de Magacela, el jeroglífico de Solana de Cabañas, los berracos de Botija y de otros sitios del Occidente ibero, tan rico por otra parte en luminosas supersticiones ó mitos que proclaman su antigüedad.

El citado Sr. Antón nos ha proporcionado sobre el particular datos valiosísimos.

Uno de ellos es la existencia en el Sahara del Norte de las Hermandades de los *Aisuas* ó *iesuas*, jesuítas, como si dijésemos, siguiendo la etimología de Jesús ó *Iesoua,* quienes tienen al profeta de Nazareth como uno de los profetas mayores, después de Mahoma, por lo que revelan un curioso parentesco con esenios gnósticos y alejandrinos.

Esta fraternidad, que acaso no es única, permanece apartada de la barbarie latrofacciosa de los marroquíes, pero no es indiferente á los problemas del imperio. El mismo sultán es juguete de ella, y de su seno salen de tiempo en tiempo los Roguís, los Raisulis y demás reyezuelos. A su simple deseo, el grito de «guerra santa» corre con la rapidez de un incendio, poniendo en peligro todos los avances egoístas ó comerciales de los europeos, ni más ni menos que sucede con los *boxers* en el Celeste Imperio y con los *ñanigos* de América. Los santones son simplemente sus instrumentos.

Hay algo también en la geografía que es para desconcertar á cualquiera no creyente en la primitiva unidad simbolizada por la *doctrina arcaica.*

De las tres cualidades *satva, rajas* y *thamias,* sabemos que esta última ó ignorancia es la peor y la que más alejada se halla de la verdadera sabiduría. Pues bien, en la zona africana que nos ocupa hallamos á partir del mar, primero á los *Thamasig* (los que yacen en thamas ó en la ignorancia de las altas verdades redentoras) y después del desfiladero de Taza, nunca traspuesto por europeos, nos encontramos con las gentes del Sur

del atlas denominadas con el sugestivo nombre de *chelas* ó discípulos... ¡en Marruecos como en el Tibet!

Racional es pensar que tras los sumergidos en *Thamas* y los *chelas* deben venir los Maestros.

Tengo á la vista el hermoso Atlas antiguo de Henri Kiepert. Las palabras *Tama, Tamamuna, Tamara, Tamesa* y sus derivados expresan en la lista del final nada menos que diez ó doce regiones, ríos ó pueblos situados siempre *hacia los confines,* fuesen éstos los dichos, ó el Tambre gallego, ó el Támesis londonense, ó la región frigia, ó la montañosa región de Armenia, ó apartado lugar egipcio, es decir, sitios ignorados, confines de nuestra civilización histórica, que es *thamas* no pocas veces.

Dígase lo que se quiera, el mundo occidental se ha extendido por el planeta á título de tres grandes corrientes: la rusa, la inglesa y la ibera. Aquellas dos han penetrado en Asia y en Egipto á guisa de conquistadoras, como los bárbaros penetraron en Roma, como Roma penetró en Grecia y Grecia en Egipto, para ser á la postre conquistadas por ellas, que tal es la divina sexualidad de las verdaderas culturas, consorcios de una brutalidad militar que creyendo dominar con pretensiones verdaderamente infantiles de un mayor poder físico, hijo de su juventud, son dominadas por los mágicos poderes de la espiritualidad y de la mente, patrimonio de los ancianos, de los antiguos, de aquellos á quienes conocía y amaba el gran Confucio.

Los destinos mundiales del hoy han puesto sobre el tapete—y ellos saben por qué—la cuestión africana, cuestión latina más que sajona, en la que Francia trata de sustituir á Iberia, merced *á la africana condición de nuestra Península que por modo* tal no desmiente de nuestras tradiciones, de aquellas tradiciones cordobesas, refrescadas de tiempo en tiempo por almoravides, almohades y benimerines. El gran deber, pues, del teosofista ibero está bien demarcado. Buscar el contacto ó inteligencia con las grandes fraternidades Saharianas y luego con las del Perú y Méjico. Completada quedaría así la obra de nuestro Maestro.

En espera y preparación de tan hermoso día, nos permitimos exponer á los teosofistas esta ligerísima suscitación para que cada uno, en la medida de sus fuerzas, nos ilustre y to-

dos juntos podamos coadyuvar en breve á lo que es obra la más pura, la más excelsa de las accesibles á nuestra labor sincera (1).

M. ROSO de LUNA

LAS SIETE PRINCESAS

Drama en un acto original de MAURICIO MAETERLINCK, con un comentario místico de RAFAEL URBANO.

PERSONAJES

El Rey.
La Reina.
El Príncipe.
Las siete Princesas.
Un mensajero.
Coro de marineros.

ACTO ÚNICO

Un gran salón de mármol con laureles, espliegos y lirios colocados en vasos de porcelana. Una escalera de siete gradas divide longitudinalmente la sala y siete Princesas vestidas de blanco y con los brazos desnudos duermen sobre los escalones, reclinando su cabeza sobre pálidos almohadones de seda. Una lámpara de plata alumbra su sueño.—En el fondo de la sala hay una puerta con grandes cerrojos. Á derecha é izquierda de la misma dos grandes ventanas cuyas vidrieras llegarán hasta el suelo. Detrás una terraza. El sol va declinando. Á través de las vidrieras distínguese una campiña negra, pantanosa, con estanques, bosques de encinas y de pinos. Perpendicularmente á una de las ventanas percíbese entre dos grandes sauces un canal negro y sombrío. En el horizonte avanza un gran barco de guerra.—El Rey y la Reina y el mensajero, colocados en la terraza, ven aproximarse el navío.

LA REINA.—*Viene á toda vela...*

EL REY.—No lo veo bien por la niebla.

LA REINA.—Reman... reman todos... Creo que van á venir hasta á las ventanas del castillo... Diríase que hay mil pies... Las velas dan en las ramas de los sauces...

---

(1) Este fenómeno ha sido intuído respecto de África por una mujer: Isabel Ebherart, cuando dice: «y viendo la imposibilidad de europeizarlos me pregunto si los árabes acabarán por conquistar el alma de sus conquistadores.» Al citar este texto el escritor Gómez Carrillo en sus deliciosas *Crónicas, Por tierras africanas*, menciona también la organización oculta de fraternidades religiosas refugiadas en el desierto líbico, con las que todo buen *mogrebino* tiene contacto una vez por lo menos cada año, durante el sagrado mes del Ramadán. «Al terminar las ceremonias religiosas—añade—cada representante de la gran familia *africana* regresa á su oasis ó á su aduar, á su gurbi ó á su aldea, llevando una regla estricta que ha de servir durante once meses á la comunidad.»

EL REY.—Su porte es demasiado para el canal.

LA REINA.—Se detienen...

EL REY.—No sé cómo podrán volverse luego...

LA REINA.—Se detienen... Se detienen... Echan el ancla... anclan en los sauces... ¡Ah, ah! Creo que baja el Príncipe...

EL REY.—Mira los cisnes... Y van á su encuentro... quieren conocer quién es...

LA REINA.—¿Es que éstas duermen siempre? (Mira por las ventanas á la sala).

EL REY.—Despertémoslas... Ya lo he dicho hace tiempo; es preciso despertarlas.

LA REINA.—Esperemos; aún está allí... Es demasiado tarde, sin embargo... Está allí, allí... ¡Dios mío! ¡Señor! ¿Qué hacemos?... No me atrevo; no me atrevo... ¡Están tan delicadas!...

EL REY.—¿Queréis que abra yo la puerta?

LA REINA.—¡No! ¡No! ¡Esperad! Aguardemos... ¡Oh, cómo duermen!.. ¡Cómo duermen siempre!... ¡No saben que vuelve!... ¡No saben que está allí!... No me atrevo á despertarlas... el médico lo ha prohibido... No les despertemos aún... ¡Oh, oh! Oigo un ruído de pasos sobre el puente...

EL REY.—Está ahí... ahí está... al pie de la terraza. (Apártase de las ventanas.)

LA REINA.—¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Es él? .. ¡No le conozco!... ¡Ah, si aún le reconozco!... ¡Oh, qué alto, qué alto es!... Está ahí al pie de la escalera... ¡Marcelo!... ¡Marcelo!... ¿Sóis vos?... ¡Subid! ¡Subid!... ¡Nosotros hemos envejecido tanto!... ¡Ya no podemos bajar!... ¡Subid!... ¡Subid!... ¡Subid!...

EL REY.—¡Cuidado con caer! Las gradas son tan viejas... Se mueven todas .. ¡Cuidado!...

LA REINA.—¡Subid! ¡Subid! ¡Subid!.. (El Príncipe llega á la terraza y arrójase en brazos del Rey y de la Reina.)

EL PRÍNCIPE.—¡Pobre abuela mía!... ¡Abuelo mío! (Abrázalos.)

LA REINA.—¡Oh, qué guapo estáis!... ¡Cómo habéis crecido, hijo mío!... ¡Estáis altísimo, mi pequeño Marcelo! Yo no os veo bien, tengo los ojos llenos de lágrimas...

EL PRÍNCIPE.—¡Oh pobre abuelita mía, qué blanco tenéis el pelo!... ¡Oh mi pobre abuelo, ya tenéis la barba blanca!...

EL REY.—Somos los pobres viejecitos; ya se aproxima nuestra hora...

EL PRÍNCIPE.—Abuelo ¿por qué pensáis así?

EL REY.—Siempre pienso...

LA REINA.—¡Os esperábamos desde hace tanto tiempo!...

EL PRÍNCIPE.—¡Oh, pobre abuela! ¿Por qué tembláis hoy?...

LA REINA.—Estoy temblando siempre, hijo mío...

EL PRÍNCIPE.—¡Oh, pobre abuelo mío! ¡Oh abuelita mía! No os reconozco apenas...

EL REY.—Yo tampoco, tampoco... No veo muy bien...

LA REINA.—¿Dónde habéis estado tanto tiempo, hijo mío?... ¡Oh, qué alto estáis! ¡Sois más alto que nosotros!... ¡Ved, ved; yo lloro como si hubieseis muerto!...

El Príncipe.—¿Por qué me acogéis con lágrimas en los ojos?

La Reina.—No. No. Esto no son lágrimas, hijo mío... No es lo mismo que las lágrimas... No es nada... Nada...

El Príncipe.—¿Dónde están mis siete primas?

La Reina.—Aquí, aquí; cuidado, cuidado... no hablemos muy alto; están durmiendo aún y no es bueno hablar de los que duermen...

El Príncipe.—¿Duermen?... ¿Es que viven todas; las siete?...

La Reina.—Sí, sí, sí; tened cuidado, mucho cuidado... Duermen aquí; duermen siempre...

El Príncipe.—¿Duermen siempre?... ¿Qué? ¿qué? ¿qué?. . ¿Esto qué es?... ¿todas? ¡siete! ¡las siete!...

La Reina.—¡Oh, oh, oh! ¡Qué habéis pensado!... ¡qué habéis osado pensar! ¡Marcelo! ¡Marcelo! ¡Tened cuidado! Aquí están; venid; vedlas por la ventana... venid á verlas... ¡Pronto! ¡Venid pronto! Es tiempo de verlas... (Aproxímanse á las ventanas y miran á la sala. Un largo silencio.)

El Príncipe.—¿Estas son mis siete primas?... No veo bien...

La Reina.—Sí, sí; son ellas: las siete, sobre las gradas... ¿Las véis? ¿Las véis?

El Príncipe.—No veo más que unas sombras blancas...

La Reina.—¡Esas son vuestras siete primas!... ¡Vedlas por los cristales!

El Príncipe.—¿Son esas mis primas?...

La Reina.—Mirad por los cristales, hacia el fondo de la sala... las veréis... las veréis... Venid, venid; quizás las veáis mejor desde este lado...

El Príncipe.—¡Ya veo, ya, ya! ¡Veo las siete!... Una, dos, tres (duda un momento), cuatro, cinco, seis, siete... No las conocía al pronto... Casi no las conocía... ¡Oh, qué blancas están todas!... ¡Qué bellas!... ¡Qué pálidas están!... Pero ¿por qué duermen todas; las siete?

La Reina.—Duermen ahora después del medio día... ¡Están tan delicadas!... No se les puede despertar... No sabían que íbais á venir... No nos hemos atrevido á despertarlas... Hay que esperar... Conviene que se despierten por sí mismas... No son felices y no es culpa nuestra... Somos tan viejos, tan viejos; todo el mundo es muy viejo para ellas... Se es viejo sin saberlo...

El Príncipe.—¡Oh, qué bellas son! ¡Qué bellas!

La Reina.—Apenas si viven desde que están aquí. Vinieron después de la muerte de sus padres... Hace mucho frío en este castillo... Vinieron de países cálidos y buscan siempre el sol; pero aquí casi no sale... Había un poco esta mañana sobre el canal; pero los árboles son tan grandes, hacen tanta sombra, que no hay más que sombra... Hay demasiadas nieblas y el cielo nunca está claro... ¡Cómo miráis! ¿Véis alguna cosa extraordinaria?

El Príncipe.—¡Oh, qué pálidas están!

La Reina.—Todavía están en ayunas... No pueden estar más que en el jardín... Les encanta la verdura de la yerba... Tienen fiebre... Entraron este medio día cogidas de la mano... Estaban tan débiles que apenas si podían andar... Todas temblaban por la fiebre... Nadie sabe qué es lo que tienen... Ahí duermen todos los días...

El Príncipe.—Son extrañas... ¡Oh, muy extrañas!... No me atrevo á mirarlas... ¿Y es ese el cuarto donde duermen?

LA REINA.—No, no. Ese no es el cuarto de dormir... Fijaos bien; ahí no hay camas... Sus lechos están más arriba, en la torre... Ahí es donde esperan que llegue la noche...

EL PRÍNCIPE.—Comienzo á distinguirlas...

LA REINA.—Aproximaos, aproximaos; pero no llaméis en las ventanas... Cuando el sol haya caído las veréis mejor; hay demasiada claridad todavía en la parte de fuera... Dentro de poco veréis mejor. Colocaos junto á los cristales, pero sin hacer ruído...

EL PRÍNCIPE.—¡Oh, qué claridad hay en la sala!

LA REINA.—Cuando sea de noche habrá más... Dentro de poco caerá...

EL PRÍNCIPE.—¿Quién está próxima á caer?

LA REINA.—La noche. Me refiero á la noche. ¿Véis algo?

EL PRÍNCIPE.—Hay un gran vaso de cristal sobre un velador...

LA REINA.—Sí; no es nada, es el agua... ¡Cómo tienen tanta sed cuando despiertan!...

EL PRÍNCIPE.—¿Y por qué arde esa lámpara?

LA REINA.—Siempre duermen con luz. Hoy la encendieron al medio día; sabian que dormirían mucho y no quieren despertar en las tinieblas... Tienen miedo á la obscuridad...

EL PRÍNCIPE.—¡Cuánto han crecido!

LA REINA.—Todavía están creciendo... Han de ser más altas... Eso es quizás lo que les enferma... ¿Las conocéis?

EL PRÍNCIPE.—Las conocería quizás si las viese más claramente...

LA REINA.—Habéis jugado mucho con ellas cuando eran pequeñas... Abrid los ojos...

EL PRÍNCIPE.—No veo más que sus piececillos desnudos...

EL REY.—(Mirando por la otra ventana.) Yo no veo hoy con claridad...

EL PRÍNCIPE.—Están muy lejos de nosotros...

LA REINA.—Hay algo en los cristales; no sé lo que es...

EL PRÍNCIPE.—Es el vaho... Voy á ver si puedo limpiarlos...

LA REINA.—¡No! ¡No! ¡No los toquéis! ¡Podrían despertarse asustadas! Además no está por fuera, está por dentro, en la otra parte. Es el calor de la sala...

EL PRÍNCIPE.—Hay seis que distingo perfectamente; pero hay una en medio que...

EL REY.—Todas se parecen las unas á las otras. Yo no puedo distinguirlas más que por sus collares de perlas...

EL PRÍNCIPE.—Hay una que no veo bien...

LA REINA.—¿Cuál es la que preferís?

EL PRÍNCIPE.—La que no distingo...

LA REINA.—¿Cuál? Oigo muy poco...

EL PRÍNCIPE.—La que no veo...

EL REY.—¿Cuál es la que no se ve? Yo no veo ninguna.

EL PRÍNCIPE.—La que está en medio...

LA REINA.—¡Ya sabía yo que no miraríais más que á ella!...

EL PRÍNCIPE.—¿Quién es?

LA REINA.—Demasiado lo sabéis; no tengo necesidad de decíroslo...

EL PRÍNCIPE.—¿Úrsula?

La Reina.—¡Sí, sí, sí! ¡Bien véis que es ella! ¡Es Úrsula! ¡Es Úrsula, que os espera hace siete años! ¡Todas las noches! ¡Todos los días! ¡Todos los días! ¡Todas las noches!... ¿La reconocéis?...

El Príncipe.—No la veo bien; hay una sombra sobre ella...

La Reina.—Sí; hay una sombra sobre ella. No sé qué es...

El Príncipe.—Creo que es la sombra de una columna... Cuando el sol se haya ocultado por completo la veré mejor.

La Reina.—No; no es la sombra del sol...

El Príncipe.—Veremos si cambia la sombra...

El Rey.—Ya veo lo que es; es la sombra de la lámpara.

La Reina.—Está acostada de otro modo que las otras...

El Rey.—Duerme más profundamente; eso es todo.

El Príncipe.—Duerme como un niño...

El Rey.—Venid á esta ventana, quizás veréis mejor...

El Príncipe.—(Yendo á la otra ventana.) La veo igual... Es la cara lo que no distingo.

La Reina.—Venid á esta ventana; quizás en esta otra la veréis acaso...

El Príncipe.—(Yendo á la otra ventana.) Lo mismo... Es muy difícil verla... Diríase que se oculta...

La Reina.—La cara es casi invisible...

El Príncipe.—Veo el cuerpo perfectamente; pero no distingo la cara... Me parece que está vuelta hacia el cielo...

La Reina.—¡Pero no miráis más que á una sola!...

El Príncipe.—(Siempre mirando.) Es más alta que las otras...

La Reina.—¡Miráis siempre á la única que no se ve!... ¡Hay otras seis!...

El Príncipe.—También las miro... ¡Oh, qué bien se ve á las otras!...

La Reina.—¿Las conocéis? Ved: Genoveva, Helena y Cristabella, y al otro lado Magdalena, Clara y Claribella, con esmeraldas. Ved, pues; creo que todas están agarradas por las manos. ¡Se han dormido dándose la mano!... ¡Oh! ¡Oh, las hermanitas!... Diríase que tienen miedo de separarse hasta durmiendo... ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Desearía que se despertaran!...

El Príncipe.—Sí, sí; despertémosles... ¿Queréis que las despierte?...

La Reina.—¡No, no; todavía no!... No les miremos más. Venid, no les miréis; tendrían de pronto un mal sueño... ¡No quiero verlas, no quiero!... ¡Rompería los cristales!... ¡No les miremos más; tendríamos miedo!... Venid, venid al fondo de la terraza; hablemos de otra cosa. Tenemos muchas cosas que decirnos... ¡Venid, venid; tendrían miedo si se despertaran, tendrían miedo si nos viesen en las ventanas!... (Al Rey.) Vos también, también; no arriméis vuestra barba blanca á los cristales... ¡No sabéis cuán espantable estáis!... ¡Por el amor de Dios, no estaros en las ventanas!... ¡Venid, venid, pues; os lo suplico!... No sabéis lo que puede ocurrir... ¡Venid, venid; no volvéos, no os volváis! ¡Mirad á otra parte; mirad por un momento hacia otro lado!... ¡Están malas, están enfermas!... ¡Apartémonos!... ¡Dejadles dormir!...

El Príncipe.—(Volviéndose.) ¿Qué hay? ¿Qué hay, pues?... ¡Oh, que obscuridad hay aquí!... ¿Dónde estáis?... ¡No os encuentro!...

El Rey.—Esperad un momento; aún tenéis en los ojos la claridad de la sala... Yo no veo tampoco... ¡Venid; aquí estamos!... (Se separan de las ventanas.)

El Príncipe.—¡Oh! ¡Qué obscuridad hay en el campo!... ¿Dónde estamos?

El Rey.—El sol se ha ocultado...

La Reina.—Marcelo, ¿por qué no habéis venido más pronto?

El Príncipe.—El mensajero os lo ha dicho... No pensaba más que en venir...

La Reina.—¡Os han esperado tantos años!... ¡Siempre están en esta sala de mármol, mirando día y noche al canal!... Los días de sol iban á la otra orilla; allí hay una colina desde la cual se ve más lejos. No se ve el mar; pero se ven las rocas...

El Príncipe.—¿Qué es esa claridad de debajo de los árboles?

El Rey.—Es el canal por donde habéis venido. Siempre hay claridad sobre el agua...

El Príncipe.—¡Oh, qué obscuridad hay esta noche! No sé donde estoy; parezco un extranjero aquí...

El Rey.—El cielo se ha cubierto de pronto...

El Príncipe.—Suena el viento entre los árboles...

El Rey.—Día y noche hace viento entre los sauces; no estamos lejos del mar... Escuchad; ya llueve.

El Príncipe.—Diríase que se llora alrededor del castillo...

El Rey.—Es la lluvia que cae sobre el agua; es una lluvia muy dulce...

La Reina.—Se diría que lloran en el cielo...

El Príncipe.—¡Oh, cómo duerme el agua entre los muros!...

La Reina.—¡Duerme siempre también; es muy vieja!...

El Príncipe.—Los cisnes se han refugiado bajo el puente...

El Rey.—Ved los aldeanos cómo recogen sus rebaños...

El Príncipe.—Me parecen muy viejos y muy pobres...

El Rey.—Son muy pobres. Yo soy Rey de gentes muy pobres... Comienza á hacer frío...

El Príncipe.—¿Qué hay allí, al otro lado del agua?

El Rey.—¿Allí abajo? Allí estaban las flores; el frío las ha matado. (En este momento óyese en el fondo del paisaje un canto monótono y muy lejano, del que no se distingue más que el estribillo, repetido á coro en intervalos regulares.)

Las voces lejanas.—*¡El Atlántico! ¡El Atlántico!*

El Rey.—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

El Príncipe.—Son los marineros que vuelven el barco. Preparan la marcha...

Las voces lejanas.—*¡No volveremos más!*
¡No volveremos más!

La Reina.—Han preparado ya todas las velas...

El Príncipe.—Salen esta noche...

Las voces lejanas.—*¡El Atlántico! ¡El Atlántico!*

El Rey.—¿Es verdad que no volverán más?

El Príncipe.—No lo sé. Quizás no son los mismos...

LAS VOCES LEJANAS.—*¡No volveremos más!*
¡No volveremos más!

LA REINA.—No parecéis dichoso, hijo mío...

EL PRÍNCIPE.—¿Yo? ¿Pues qué no soy feliz? He venido á verla y la he visto... Puedo verla más cerca si quiero... Puedo sentarme á su lado si lo deseo... ¿No puedo abrir la puerta y darle la mano? Puedo abrazarla cuando quiera; no tengo más que despertarla. ¿Por qué no he de ser feliz?

LA REINA.—¡Sin embargo, no tenéis aire de dichoso!... ¡Ahora tengo casi setenta y cinco años y os esperaba siempre!... ¡Este no sois vos!... ¡No, no sois vos!... (Vuelve la cabeza y llora.)

EL REY.—¿Qué hay? ¿Qué es lo que hay? ¿Por qué lloráis de pronto?

LA REINA.—No es nada... Esto no es nada... Yo no lloro... No hagáis caso... Se llora con frecuencia sin razón... Estoy ya tan vieja... Esto concluye...

EL PRÍNCIPE.—Pronto tendré aspecto más feliz.

LA REINA.—¡Venid, venid; quizás están allí con los ojos abiertos!... Dadme la mano... ¡Seguidme hacia las ventanas; vamos hacia las ventanas!...

LAS VOCES LEJANAS.—*¡El Atlántico! ¡El Atlántico!* (Acércanse todos á mirar por las ventanas.)

EL PRÍNCIPE.—Aún no veo nada... Está clarísimo...

LA REINA.—¡Hay alguna cosa cambiada en la sala!...

EL REY.—Yo no veo absolutamente nada.

EL PRÍNCIPE.—Hay más claridad que antes...

LA REINA.—¡No está lo mismo; ha habido algún cambio en la sala!...

EL PRÍNCIPE.—Mis ojos no se han hecho todavía á la luz...

LA REINA.—¡Hay algunas que no están en el mismo sitio!...

EL PRÍNCIPE.—Sí, sí; creo que se han movido un poco...

LA REINA.—¡Oh! ¡Oh! ¿Cristabella y Claribella?... ¡Ved! ¡Ved!... Tienen á Úrsula de las manos... Ya no la tienen... La han dejado... Se han vuelto del otro lado...

EL PRÍNCIPE.—Han estado á punto de despertarse...

LA REINA.—¡Hemos venido demasiado tarde!... ¡Hemos venido demasiado tarde!...

EL REY.—Yo no veo más que los lirios cerca de las ventanas... Están cerradas...

EL PRÍNCIPE.—Saben que ésta es la tarde...

EL REY.—Hay una luz, sin embargo...

EL PRÍNCIPE.—¡Tiene una mano puesta tan extrañamente!...

LA REINA.—¿Quién?

EL PRÍNCIPE.—Úrsula.

LA REINA.—¿Y qué es eso de la mano?... No lo he visto yo...

EL PRÍNCIPE.—Es que las otras la ocultan...

EL REY.—No sé lo que queréis decir; no veo más que los cristales...

LA REINA.—¡Sufrirá!... ¡Sufrirá!... No puede dormir así; eso no es natural.. Desearía que bajase un poco la mano... ¡Dios mío! ¡Dios mío, haced que baje un poco su manita!... ¡Ha de sentir daño en el brazo!...

EL PRÍNCIPE.—No veo nada que la sostenga...

La Reina.—¡No quiero verla dormir así más!... Yo no la he visto dormir de ese modo... Eso no es buena señal... ¡No es buen signo!... No podrá mover la mano...

El Rey.—¡No hay que inquietarse tanto!...

El Príncipe.—Las otras duermen más naturalmente...

La Reina.—¡Qué cerrados tiene los ojos!... ¡Qué cerrados!... ¡Oh! ¡Oh, las hermanitas, las hermanitas!... ¿Qué hacemos? ¿Qué vamos á hacer?...

El Rey.—¡Vamos, vamos; no habléis tan cerca de las vantanas!...

La Reina.—¡Si no estoy tan cerca como creéis!

El Rey.—Tenéis la boca pegada á los cristales...

El Príncipe.—Veo algo que no se distingue bien.

La Reina.—¡Yo también, yo también! Hay algo que empiezo á ver... Eso que se extiende hasta la puerta...

El Príncipe.—Hay algo sobre las baldosas... Algo que no es una sombra... Eso no puede ser una sombra... No me explico lo que es... Puede que sean sus cabellos...

La Reina.—Pero... ¿por qué no habrá anudado esa sus cabellos?... Todas las demás han anudado los suyos... ¡Mirad!

El Príncipe.—¡Os digo que esos son sus cabellos!... ¡Se agitan!... ¡Oh, sus hermosos cabellos! ¡Esa no es la cabellera de una enferma!...

La Reina.—No se los pone así para dormir... Diríase que tiene intención de salir...

El Príncipe.—¿No os ha dicho nada?

La Reina.—Me dijo este medio día, cerrando la puerta: «Sobre todo no despertadnos.» Después la abracé para no verla tan triste...

El Príncipe.—¡Tendrán frío con los piececitos casi desnudos sobre las losas!

La Reina.—¡Sí, sí; tendrán frío! ¡Oh, no miréis tan ávidamente! (Al Rey.) ¡Vos tampoco! ¡Tampoco!... ¡No miréis á cada instante! ¡No miremos todos juntos! ¡No son dichosas, no son dichosas!

El Rey.—¿A qué viene ese pronto? ¿No puede ver nadie más que vos? ¿Qué es lo que tenéis esta tarde?... No sois razonable... No os comprendo... Todos han de mirar á algún lado; es preciso que otros cierren los ojos... Pero ésta nos mira tanto como vos, creo...

La Reina.—Sé que ésta nos mira... ¡No habléis más así, por amor de Dios!... ¡Oh! ¡Oh!... ¡No miréis!... ¡No me miréis en este momento!... ¡Dios mío! ¡Dios mío, qué inmóviles están!...

El Rey.—No despertarán esta tarde; mejor haríamos en marcharnos también á dormir...

La Reina.—¡Esperemos aún; esperemos todavía! ¡Veremos, quizás, qué es esto!...

El Rey.—No podemos mirar eternamente á través de los cristales; es preciso hacer algo.

El Príncipe.—No podríamos despertarlas desde aquí...

El Rey.—Voy á llamar dulcemente en la puerta.

La Reina.—¡No! ¡No!.. ¡Jamás! ¡Jamás!... ¡Oh, no!... ¡Vos, no; no!... Llamaréis demasiado fuerte... ¡Tened cuidado! ¡Tened cuidado!... Tienen miedo de todo... Yo misma llamaré en la ventana, si es preciso... Es me-

nester que ellas vean á quien llama... ¡Esperad!.. ¡Esperad!... (Llama muy quedamente en la ventana.)

El Príncipe.—¡No se despiertan!...

El Rey.—No veo absolutamente nada...

La Reina. Voy á llamar un poco más fuerte.. (Llama otra vez en la ventana.) No se mueven aún... (Continúa llamando.) Diríase que la sala está llena de algodón... ¿Estáis seguros de que esto sea sueño?... Quizás están desvanecidas... No les veo respirar... (Llama en la otra ventana.) ¡Llamad un poco más fuerte!.. ¡Llamad en los otros cristales! ¡Oh! ¡Oh, son tan gruesas estas vidrieras!... (La Reina y el Príncipe llaman ansiosamente con las dos manos.) ¡Qué inmóviles están!... ¡Qué inmóviles! Tienen el sueño profundo de los enfermos... Es un sueño de fiebre que no quiere dejarles... ¡Quiero verles de cerca!... ¡Yo quiero verles de cerca!.. No oyen el ruído que hacemos... Eso no es un sueño natural... No es un sueño bienhechor... No me atrevo á llamar más fuerte...

El Príncipe.—(Escuchando en los cristales.) Yo no oigo el menor ruído... (Un largo silencio.)

La Reina.—(Con la cara pegada á los cristales, y bajo un súbito acceso de lágrimas.) ¡Oh! ¡Cómo duermen! ¡Cómo duermen!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Libertadlas! ¡Libertadlas! ¡Cómo duermen sus corazoncitos!.. ¡No se oyen sus corazones!... ¡Duermen tan terriblemente!.. ¡Oh! ¡Oh! ¡Hay que temer cuando se duerme!... ¡Siempre he tenido miedo á su sueño!... ¡Yo no veo sus pobres almas! ¡Dónde están sus pobres almas!... ¡Me dan miedo!... ¡Me dan miedo!... ¡Ahora es cuando lo veo!... ¡Cómo duermen las hermanitas!... ¡Cómo duermen!.. ¡Cómo duermen!... ¡Creo que dormirán siempre!... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Tengo lástima de ellas!... ¡No son dichosas!... ¡No son dichosas!... ¡Ahora lo veo todo!.. ¡Siete pobres almas toda la noche!... ¡Siete pobres almas sin defensa!... ¡Siete pobres almas sin amigos!... ¡Tienen la boca abierta... sus siete bocas están abiertas!.. ¡Oh, estoy segura que tienen sed!... ¡Estoy segura de que tienen una sed terrible!... ¡Todas tienen cerrados los ojos!.. ¡Oh! ¡Qué solas están las siete!... ¡Todas siete!... ¡Las siete!... ¡Y cómo duermen!... ¡Cómo duermen las reinecitas!.. ¡Estoy segura que no duermen!... ¡Pero qué sueño!... ¡Qué sueño tan profundo!... ¡Despertad, pobres corazones!... ¡Despertad reinecitas!... ¡Despertad, pues, hermanitas!... ¡Todas... todas las siete!... ¡Yo no puedo verlas así!... ¡Dios mío! ¡Tengo lástima de ellas! ¡Tengo lástima de ellas, y no me atrevo á despertarlas!... ¡Oh! ¡La luz es tan débil... tan poca... tan escasa!... ¡No me atrevo á despertarlas!... (Solloza inconsolablemente contra la ventana.)

El Rey.—¿Qué tenéis? ¿Qué tenéis, pues? Venid, venid; no miréis más; vale más no verlas... Venid, venid, venid. (Trata de atraérsela.)

El Príncipe.—¡Abuela! ¡Abuela!.. ¿Qué habéis visto? ¿Qué habéis visto? Yo no he visto nada... No hay nada; no hay nada...

El Rey.—(Al Príncipe.) Eso no es nada; no es nada; no hagáis caso; es la vejez y es la tarde... Está enervada. Las mujeres necesitan llorar. Llora frecuentemente por la noche. (A la Reina.) Venid, venid, venid aquí.. ¡Os vais á caer!... Cuidado... apoyaos en mí.. No lloréis... No lloréis más... Venid. (Abrázala tiernamente.) No hay nada; duermen... Nosotros dormimos también... Todos dormimos... ¿No has visto dormir nunca?

La Reina.—¡Jamás! ¡Jamás como hoy! ¡Abrid la puerta! ¡Abrid la puerta!... ¡No se les puede querer tanto!... ¡No se les puede amar!... ¡Abrid, abrid la puerta!...

El Rey.—Sí; sí; abriremos... Calmaos... calmaos... No pensad más, la abriremos... abriremos... Estoy para obedeceros. Yo había querido abrir antes y no quisisteis entonces... Vamos, vamos, no lloréis más... Hay que ser razonables... Yo soy viejo, pero me pongo en razón .. Vamos, vamos, no llorad más...

La Reina.—Vedlo. Vedlo. He acabado Ya no lloro; no lloro más... No conviene que se despierten oyendo llorar ..

El Rey.—Venid. Venid. Voy á abrir muy despacito y entraremos juntos... (Prueba abrir la puerta. Óyese rechinar el picaporte y se le ve bajar y subir en el interior de la sala.) ¡Oh! ¡Oh! ¿Qué es lo que hay en la cerradura?... No puedo abrir la puerta... No puedo . No sé qué es lo que hay... No creía que fuese tan difícil entrar... ¿Queréis probar?... (La Reina ensaya también infructuosamente.) Yo no entro nunca... No se abre... Creo que han echado los cerrojos... Sí, sí; la puerta está cerrada; no se abrirá...

La Reina.—La cierran siempre.. ¡Oh! ¡Oh! ¡No les dejemos así!... ¡Duermen hace ya tanto tiempo!

El Príncipe —No podríamos abrir una ventana. .

El Rey —No se abren.

El Príncipe.—Me parece que hay menos claridad en la sala...

El Rey.—Hay menos luz; pero es que el cielo se despeja... ¡Ved! ¿Véis las estrellas?

El Príncipe.—¿Qué vamos á hacer?

El Rey.—No lo sé... Hay otra entrada...

El Príncipe.—¿Hay otra entrada?

La Reina.—¡No! ¡No! ¡Ya sé cuál es la que decís!... ¡Por allí, por allí!... ¡Yo no quiero bajar!...

El Rey.—No bajaremos nosotros; nos quedaremos aquí. Bajará sólo Marcelo...

La Reina.—¡Oh, no, no, no!... Esperemos...

El Rey.—Pero ¿qué es lo que queréis entonces?... No se puede entrar de otra manera en la sala .. y ese es el modo más sencillo...

El Príncipe.—¿Pero hay una entrada?

El Rey.—Sí; hay todavía una entradita... no se la puede ver desde aquí... pero la encontraréis fácilmente. Es preciso bajar...

El Príncipe.—¿Por dónde se baja?

El Rey.—Venid aquí. (Conduciéndole aparte.) Eso no es una puerta... no puede decirse que lo sea... es; es una trampa... una losa que se levanta... Encuéntrase en el fondo de la sala... Hay que ir por los subterráneos... ya los conocéis... Después es preciso subir... Hará falta una lámpara... podríais perdeos... podríais tropezar contra las... escaleras.. ¿Me comprendéis?.. Tened cuidado... hay cadenas entre... los pasillos... Pero debéis conocer el camino .. Habéis bajado más de una vez en vuestros años...

El Príncipe.—¿Qué he bajado más de una vez?

El Rey.—Sí; ya lo creo que sí; cuando vuestra madre...

El Príncipe.—¿Cuando mi madre?... ¡Ah! Es por donde hay que ..

El Rey.—(Afirmando con la cabeza.) ¡Justamente! Y cuando vuestro padre también...

El Príncipe.—Sí, sí, me acuerdo. . y también cuando los otros...

El Rey.—Fijáos bien... la piedra no está empotrada; no tenéis más que empujar un poco.. Pero sed prudente .. Hay losas que no son regulares. . Tened cuidado con un busto, inclinad un poco la cabeza... es de mármol. . En el mismo camino hay una cruz que tiene los brazos un poco largos... tened cuidado... no apresuráos; tenéis tiempo de sobra...

El Príncipe.—¿Y es por ahí por donde hay que...?

El Rey.—¡Justamente!... Convendría una lámpara. (Va al borde de la terraza á pedirla.) ¡Una lámpara! ¡Una lámpara!... (Al Príncipe.) Esperaremos aquí en las ventanas... Nosotros somos demasiado viejos para descender... No podríamos subir luego. . (Cogiendo una lámpara encendida.) ¡Ah! ¡Ah! He aquí la lámpara; tomadla...

El Príncipe.—Sí; sí; la lámpara... (Óyese en este momento, de repente, en la parte de afuera, los gritos de alegría de los marineros. Los mástiles, las vergas y las velas del navío se iluminan en la obscuridad. El barco está en el horizonte del canal entre los sauces.)

El Rey.—¡Oh! ¡Oh! ¿Qué es lo que hay?

El Príncipe.—Son los marineros... Bailan sobre el puente; están borrachos...

El Rey—Han iluminado el barco ..

El Príncipe.—Es la alegría de la salida. . Están á punto de partir...

El Rey.—Bien. ¿Váis á bajar?... Es por aquí.

La Reina.—¡No! ¡No! ¡No os marchéis!... ¡No os marchéis por ahí!... ¡No despertarlas! ¡No las despertéis!... ¡Bien sabéis que necesitan descanso!... ¡Tengo miedo!...

El Príncipe.—No despertaré á las otras sino queréis... No despertaré más que á ella sola...

La Reina.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

El Rey.—No hagáis ruido al entrar...

El Príncipe.—Tengo miedo de que no me reconozcan...

El Rey.—No hay peligro... ¡Eh! ¡Eh! ¡Tened cuidado con la lámpara!... ¡Ved el viento!... ¡El viento puede apagárosla!...

El Príncipe.—Temo que no se despierten todas á la vez...

El Rey.—¿Y eso qué importa? No despertarlas bruscamente, eso es todo.

El Príncipe.—Estaré sólo delante de ellas .. Tendré un aire... tendrán miedo...

El Rey.—No las despertéis hasta después de haber puesto la losa en su sitio... No la han advertido nunca... No saben lo que hay debajo de donde duermen...

El Príncipe.—Me tomarán por un extraño. .

El Rey.—Nosotros estaremos en las ventanas. Bajad, bajad. Tened cuidado con la lámpara. Sobre todo no perdeos en los subterráneos: son muy profundos... tened cuidado de volver á poner la losa... Subid lo más pronto posible... Esperaremos en las ventanas... Bajad, bajad... ¡Prudencia, prudencia!... (El Príncipe sale de la terraza; el Rey y la Reina miran por las ventanas con las caras pegadas á los cristales. Un largo silencio.)

Las voces lejanas.—*¡El Atlántico! ¡El Atlántico!*

El Rey.—(Volviendo la cabeza y mirando hacia el canal.) ¡Ah! ¡Ah! Se van... Tendrán buen viento esta noche...

Las voces lejanas.—*¡No volveremos más!*
¡No volveremos más!

El Rey.—(Mirando al canal.) Estarán en alta mar antes de media noche...

Las voces.—(Cada vez más lejanas.) *¡El Atlántico! ¡El Atlántico!*

El Rey.—(Mirando á la sala.) Preveo que no se pierde en la obscuridad...

Las voces.—(Casi indistintas.) *¡No volveremos más!*
¡No volveremos más!

(Silencio. El navío desaparece entre los sauces.)

El Rey.—(Mirando hacia el canal.) Ya no se le distingue... (Mirando á la sala.) ¿No ha entrado aún? (Mirando hacia el canal.) ¡Ya está lejos! (A la Reina.) ¿No atendéis? ¿No respondéis? ¿Dónde estáis? Mirad el canal. Han marchado; antes de media noche estarán en alta mar...

La Reina.—(Distraída.) Antes de media noche estarán en alta mar...

El Rey.—(Mirando hacia la sala.) ¿Podéis ver la baldosa que debe levantar? Está llena de inscripciones; debe estar oculta bajo los laureles... ¿Ha crecido Marcelo, no es verdad? Habríamos hecho mejor despertándolas antes de que hubiese desembarcado. Ya os lo dije. Hubiésemos evitado todas estas escenas. No sé por qué no tenía él esta tarde un aspecto dichoso... Han hecho mal en echar los cerrojos; yo los haré quitar. Preveo que su lámpara no se extinguirá. ¿Donde están? ¿Véis algo? ¿Por qué no respondéis? Creo que no se pierde en la obscuridad. ¿Me escucháis?

La Reina.—Creo que no se pierde en la obscuridad...

El Rey.—Tenéis razón. ¿No os parece que empieza á hacer frío? Deben tener frío sobre el mármol. Me parece que llega á tiempo. Creo que su lámpara no se apague... ¿Por qué no respondéis? ¿En qué pensáis?

La Reina.—Creo que su lámpara... ¡La losa!... ¡La losa!... ¡La losa!...

El Rey.—¿Está ahí?... ¿Es que ha entrado?... Yo no veo tan lejos...

La Reina.—¡Se mueve! ¡Se mueve!... ¡Hay una claridad!... ¡Mirad!... ¡Escuchad!... ¡Escuchad!... ¡Rechina sobre sus goznes!...

El Rey.—Yo le he dicho que entrase muy cuidadosamente...

La Reina.—¡Oh, entra con mucho cuidado!... ¡Ved, ved; introduce la mano que tiene la lámpara!...

El Rey.—¡Sí, sí; yo veo la lámpara!... ¿Por qué no entra á cosa hecha?...

La Reina.—No puede; levanta muy lentamente la losa... Sí, sí; muy lentamente... ¡Oh, cómo rechina! ¡Cómo rechina!... ¡Se van á despertar sobresaltadas!...

El Rey.—Yo no veo lo que pasa... Sé que la losa es muy pesada...

La Reina.—¡Entra!... ¡Sube!... ¡Sube poco á poco!... ¡Ahora es cuando rechina la losa!... ¡Oh! ¡Oh!... ¡Rechina! ¡Rechina!... ¡Llora como un niño!... ¡Ya tiene medio cuerpo en la sala!... ¡Le faltan tres escalones!... ¡Tres escalones aún!... (Palmoteando.) ¡Ya está en la sala! ¡Ya está en la sala!... ¡Mirad! ¡Mirad!... ¡Se despiertan!... ¡Se despiertan todas sobresaltadas!...

El Rey.—¿Ha hecho caer la losa? (El Príncipe abandona la baldosa tumular que sostenía; se detiene, con la lámpara en la mano, al pie de las gradas de

mármol. Las siete Princesas, á los últimos crujidos de los goznes, abren los ojos, agítanse un momento en los bordes del sueño; después, simultáneamente, dirigen á su próxima sus brazos levantados en la lenta actitud del despertar. Una sola, Úrsula, permanece tendida y vuelta sobre las gradas de mármol, inmóvil en medio de sus hermanas, mientras cambian con el Príncipe una profunda mirada llena de sorpresa, de admiración y de silencio.)

LA REINA.—(En las ventanas.) ¡Úrsula! ¡Úrsula! ¡Úrsula!.. ¡No se despierta!...

EL REY.—¡Paciencia! ¡Paciencia!... Tiene el sueño un poco pesado.

LA REINA.—(Gritando, con la cara pegada á los cristales.) ¡Úrsula! ¡Úrsula! .. ¡Despertadla! .. (Llamando en las ventanas.) ¡Marcelo! ¡Marcelo!.. ¡Despertadla! ¡Despertadla también!... ¡Úrsula! ¡Úrsula!... ¡Marcelo! ¡Marcelo!... ¡No le ha oído!.. ¡Úrsula! ¡Úrsula! ¡Levántate!... ¡Está ahí!... ¡Ya es hora! ¡Ya es hora!.., (Llamando en otra ventana.) ¡Marcelo! ¡Marcelo, mirad frente á vos; mirad!... ¡Duerme todavía!... (Llamando en otra ventana.) ¡Oh! ¡Oh!... ¡Cristabella! ¡Cristabella! ¡Claribella! ¡Claribella!... ¡Clara! ¡Clara! ¡Vos, Clara!... ¡No ha oído!... (Llama constante y violentamente en las ventanas.) ¡Úrsula! ¡Úrsula!... ¡Ha vuelto!... ¡Está ahí! ¡Está ahí!... ¡Ya es hora! ¡Ya es hora!...

EL REY.—(Llamando igualmente en las ventanas.) ¡Sí, sí; despertadla! ¡Despertadla!.. Nosotros esperamos... (El Príncipe, sin hacer caso á los ruídos de fuera, aproxímase silenciosamente á la que no se ha levantado. La contempla un momento; duda, arrodíllase y toca uno de sus brazos desnudos é inertes, que cae sobre los cojines de seda. Al contacto de la carne, yérguese súbitamente y mira largamente en derredor, sorprendido, á las seis Princesas, enmudecidas y pálidas. Éstas, indecisas y estremeciéndose, con deseo de escapar, inclínanse de pronto sobre la hermana tendida, con un movimiento unánime, y la levantan, llevándola silenciosamente hasta la última grada de mármol. Está rígida; la cabeza despeinada y firme. Entre tanto, la Reina, el Rey y las gentes del castillo acuden, llaman y gritan con violencia en todas las ventanas de la sala. Estas escenas sucédense simultáneamente.)

LA REINA.—¡No duerme! ¡No duerme!... ¡Eso no es sueño! ¡No es sueño! ¡No es sueño!... (Dirígese locamente á las ventanas, de una en una; golpea y sacude los cerrojos de hierro; patalea y se ve agitarse su cabellera blanca, desenlazada, contra los vidrios.) ¡No duerme! .. ¡Ya os lo dije!... (Al Rey.) ¡Oh! ¡Oh! ¡Sois un hombre de piedra!... ¡Gritad, gritad, gritad! ¡Por Dios, gritad; os lo mando!... ¡Grito hasta morir y no lo entiende! .. ¡Corred, corred! ¡Gritad, gritad!... ¡No se ve nada, nada, nada!... ¡Nunca! ¡Nunca!...

EL REY.—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué hay? ¿Dónde hay que gritar?

LA REINA.—¡Allá abajo, allá abajo! ¡Por todas partes, por todas partes!... ¡En la terraza, en el río, en las praderas! .. ¡Gritad, gritad, gritad!...

EL REY.—(En el borde de la terraza.) ¡Oh! ¡Oh!... ¡Venid! ¡Venid aquí, aquí, aquí!... ¡Úrsula! ¡Úrsula!... ¡Hay una cosa!...

LA REINA.—¡Úrsula! ¡Úrsula! .. ¡Verted agua sobre ella! Sí, sí; haced eso, hijo mío... ¡Esto no puede ser!... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh, su cabecita!... (Los criados, los soldados, los aldeanos y las mujeres acuden á la terraza con antorchas y linternas.) ¡Úrsula! ¡Úrsula! .. ¡Eso no puede ser, no puede ser; es imposible! .. ¡Eh! ¡Eh, Claribella! ¡Claribella! ¡Tened cuidado! .. ¡Se va á

caer!... ¡No andad sobre sus cabellos!... ¡Abrid! ¡Abrid!... ¡Ya se despertará!.. ¡Se despertará!... ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!... ¡Abrid la puerta! ¡La puerta! ¡La puerta!... ¡No se puede entrar!... ¡Está cerrado todo!... ¡Está cerrado todo!... ¡Estáis sordos como muertos!... ¡Ayudadme!... (A los que la rodean.) ¡Sois gentes horribles!... ¡Mis manos! ¡Mis manos!... ¿Véis bien mis manos?... ¡Ayudadme! ¡Ayudadme!... ¡Oh!¡ Oh! ¡Es tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Muy tarde!... ¡Cerrado, cerrado, cerrado!..

TODOS.—(Sacudiendo las puertas y dando golpes en las ventanas.) ¡Abrid! ¡Abrid! ¡Abrid! ¡Abrid!

(CAE BRUSCAMENTE UN TELÓN NEGRO)

LA RESURRECCIÓN DE LA VIRTUD

Comentario místico á LAS SIETE PRINCESAS, de Mauricio Maeterlinck.

Á D.ª Carmen Mateos de Maynadé.

PUEDE parecer extraño á muchos amigos que incluyamos aquí una obra teatral. Pero esos amigos, admirados por un «atrevimiento» semejante, se olvidarán desde luego de la finalidad ética que tiene toda obra de arte, aunque su autor no la haya pretendido ó deseado. Tal extrañeza en este caso es injustificada por completo, pues el autor de *Las siete Princesas* es, antes que nada, el más colosal y admirable de los místicos contemporáneos.

Mauricio Maeterlinck no es un escritor frívolo que haga sus obras por puro esparcimiento y recreo y para gusto de los lectores. Escribe para decir, para comunicar lo que debe comunicarse, y lo hace del mejor modo posible.

Leídos sus dramas y sus escritos á la ligera, muchos lectores no hallarán nada, y algunos, coincidiendo con la injusta opinión de Max Nordau, creerán que se trata de imbéciles balbuceos de un derrotado mental. Hay otra cosa; una cosa más seria y más profunda, una verdadera enseñanza. Estas obras son perfectas, novísimas, y lejos de ser la dramatización de un momento, son la dramatización de todos los elementos posibles de un instante.

Pueden hacerse varias lecturas de cualquiera de los dramas de este autor, y en cada una de ellas se hallará siempre un desarrollo integral de una acción, de la misma manera que una co-

pia de la Venus de Milo, hecha de frente, la retrata y la hace reconocer por igual que otra hecha de espaldas ó de perfil.

Este drama, visto ó leído sencillamente, contiene una lección; considerándole profundamente, podremos ver el mismo drama transportado á un orden superior. De primera intención, el drama se desarrolla entre personas; viendo mejor, entre ideas; observando más, entre símbolos, y deteniéndose todavía más en su contemplación, entre puras imposiciones del espíritu. Yo creo firmemente que todos los dramas de Maeterlinck son susceptibles de todas esas interpretaciones, porque dándolas, se las ajusta perfectamente.

Lo más dramático de nuestra vida es la muerte; la conclusión de la existencia es el único drama, la gran tragedia de cada uno, porque nos hacemos y nos afirmamos en la vida como si no hubiéramos de terminarla nunca. Imaginamos comer más, saber más, poder más, y, de hecho, cada día vamos siendo menos en todas esas cosas. Nuestro drama está en el valer objetivo que damos á la muerte. Si no le diéramos ninguno no había tal drama, como cuando no amamos al que se aleja no lloramos ni sentimos su partida. No sería ni siquiera una molestia.

La conclusión de las cosas y de la vida es lo que utiliza Maeterlinck en sus obras como fuerza principal, ya que no puede utilizar hoy, porque nadie lo entendería, y porque no está en el progreso moral de nuestros días la fatalidad helénica, «ese hilo subterráneo que va por todo el drama», como decía Juan Pallo. En nuestras ideas, en nuestros símbolos y en nuestras imposiciones hay una cosa que hace el papel de la muerte, del miedo á la muerte, y que provoca el drama: es la avaricia por ser, el afán de permanecer en una posición que por lo demás se quiere abandonar en seguida para conquistar otra. Un deseo ó un pensamiento es una vida, y un deseo que se quiere cumplir, un pensamiento que ha de acabar, un drama ya hecho y planeado.

No debemos alejarnos demasiado de todas las virtudes, no debemos preferir una de ellas, y no debemos entregarlas al cuidado de una anciana tradición que jamás hará nada por no alterar las cosas; ni al de un sentido común que se somete á la misma como un rey viejo y enfermo. No; si hacemos algo así no podremos recobrarlo sino deshaciendo la vida para hacerla de nuevo; tendremos que pasar por la muerte, por medio de los se-

pulcros de nuestros mayores, para llegar al hogar donde queriendo recoger la vida llevaremos la muerte que hemos cogido en el camino.

El *Karma* de cada uno sigue un camino semejante, porque todo se repite de una manera uniforme. En las cosas inferiores están reflejadas las cosas de arriba, y así pueden estudiarse las estrellas, no mirando á los cielos, sino sondeando los mares y contemplando en ellos las imágenes celestes. Todo no es más que un símbolo, una pura representación de *Algo* más grande. El resultado de nuestra acción es el fin de nuestro drama. He aquí que embazados en nuestros vicios, en todo el cariño de nuestras apariencias, hemos dejado la casa real de nuestro origen. Nuestro padre y nuestra madre han envejecido mucho. Cuando volvemos, todo está triste, transformado, muerto. ¡Hemos crecido ya tanto que nadie nos conoce! Pero en el primer momento nos damos cuenta de todo. Si no nos saliese al paso el perro familiar, como á Ulises; si no nos acariciase un cisne que nos recordara la pasada inocencia, el eco grave de nuestra voz nos diría una vez ante el viejo maestro que ahora imitamos agradecidos: «¿Pero hablo yo? ¡Cuánto he cambiado! Siento hasta vergüenza de haber crecido ante este hombre que me conoció niño y con otra voz mucho más dulce.» En la vuelta al punto de partida traemos mucho que no podemos dejar de cualquier modo como el polvo del camino. No vemos bien porque nos hemos acostumbrado á ver de otro modo, de otra manera. Hay una figura, la que más queremos, que no podemos ver distintamente. Si queremos verla bien, no podremos romper los cristales que nos la separan; tendremos que entrar en su cámara, no por la puerta que ha cerrado la virtud para ser fiel, sino por un resquicio, por la boca oculta, por donde hemos ido enterrando en otro tiempo todas las cosas queridas, nuestros dioses, nuestros mayores, todos nuestros ascendientes, y por donde acaso hemos podido escapar. ¿Qué sucederá si, como muertos, en vez de entrar en la cámara surgimos levantando una losa sepulcral?

No hagamos eso. Vivamos no dejando las virtudes en la casa y llevémoslas á todas partes con nosotros. Si las perdemos en la vida, no podremos verlas de nuevo sino pasando por la muerte, y entonces las podremos matar con nuestro aspecto de muertos y de fantasmas aparecidos.

Rafael URBANO

EL PAN

En nombre del Padre de toda armonía
que amasa los hombres, los astros, las cosas,
yo elevo la hostia del Pan, que es poesía,
comunión de espigas y gracia de rosas.

¿Qué boca merece tocarla? La lengua
que noble reciba del pan la hermosura,
no ha de haber sus frases manchado la mengua,
y ha de ser diamante de clara y de pura.

El es sacrificio sublime que calla.
la hoz lo destroza, lo trilla la era,
los puños le imprimen terrible batalla,
y el horno hace místico su ser en la hoguera.

¿Qué lengua merece comerlo? ¿qué boca?;
él es un extracto de inmensos dolores,
y es cuerpo formado de trigo, en que choca
todo son de lágrimas y humanos sudores.

El pan es dorado como una patena;
es copón de granos, de seno fecundo;
el pan es Sol santo que todo lo llena,
y su ara es la esfera redonda del mundo.

Tendiendo á él las manos el rey y el mendigo,
temblando le piden calor y energía;
y el disco de espigas, el Sol de áureo trigo,
les manda en sus rayos virtud y alegría.

Pero el que perciba del pan la fragancia,
ha de trabajarlo para merecerla;
no basta á los hombres comer su sustancia;
han de hacerse dignos también de comerla.

El pan no se tira, se besa; es sol rubio;
es Dios hecho espigas y ardientes trigales;
es luz de la copa del Sol, que en diluvio
se vuelca y desata sus libres raudales.

Quien el pan sostiene, feliz, en sus manos,
mira en él un cáliz de forma precisa;
con él hace á todos los hombres hermanos
y dice en su mesa, que es ara, su misa.

—

Nadie al pan ultraje, que es cosa sagrada;
yo cuando á mi boca gozoso lo llevo,
pienso, fascinado, que es hostia dorada,
y cual sacerdote que oficia, lo elevo.

—

Ganar el pan noble de todo redime,
él ata la suma de cien maravillas;
su cuerpo es presente tan alto y sublime,
que el pan se debiera comer de rodillas.

—

Más sabe una espiga que todos los sabios;
tiene magia eterna la luz de su brillo;
entra ¡oh rubia forma de trigo! en mis labios,
y hazme noble y sano, y alegre y sencillo.

Salvador RUEDA

Notas, Recortes y Noticias.

La Memoria del Comité ejecutivo británico.

A la amabilidad del Secretario general de la Sección inglesa, Mistress Kate Spink, debemos la Memoria del Comité ejecutivo, documento modelo que compendia de una manera admirable todo el movimiento de la Sociedad Teosófica durante el año pasado, desde 21 de Junio de 1906 á 20 de Junio del año corriente.

El hecho más importante en ese lapso de tiempo ha sido la muerte del Presidente Fundador, el Coronel H. S. Olcott; después la designación de Mr. A. P. Sinnett para la Presidencia interina, y finalmente, la elección de Mrs. Annie Besant.

Otro suceso de verdadera importancia ha sido la creación de una Sección húngara de la Sociedad, obra de perseverancia que ha tenido un feliz término.

Por lo que se refiere á la Sección británica, en su biblioteca cuenta hoy con 3.432 obras, de las cuales durante el año pasado, 75 proceden de donativos y 70 se han adquirido.

En cuanto á las principales publicaciones de la Sección, es decir, en el idioma inglés, hechas durante el año pasado, han

sido de notar los tres grandes volúmenes sobre *Hermes Trismegisto*, del meritísimo G. R. S. Mead, y la reimpresión de cuatro celebradas obras de Mrs. Annie Besant: *La antigua sabiduría, El poder del pensamiento, Hacia el templo* y *El sendero del discípulo*.

Cómo puede ser lo futuro. En el último número de la revista teosófica de la Argentina, *Verdad*, con el título de *Confirmación de nuestras predicciones*, aparecen las siguientes líneas:

«El Sr. José Melián, uno de los más antiguos é ilustrados teosofistas españoles, escribe desde Lima á un miembro de la Rama *Lob-Nor*, de Valparaíso, lo que sigue:

....

Me hago cargo de su estado de ánimo ante la catástrofe kármica que ha asolado ese país y de su actitud expectante para determinar su rumbo futuro con arreglo á lo que dicten las circunstancias. Estamos atravesando ya por la crisis física y social predicha por H. P. B. y los terremotos, naufragios, catástrofes mineras, de ferrocarriles, etc., etc., que diariamente leemos en los periódicos en número aterrador, no son más que el simple heraldo de la avalancha que se desplomará en el mundo entero en una época que considero muy próxima, dados los preludios que estamos presenciando; crisis social tremenda que dejará en la sombra los cataclismos físicos que se han experimentado y que quedan aún por producirse, pero que es absolutamente necesario para que nuestra Quinta Subraza alcance el grado de progreso espiritual que necesita para aproximarse al grado de intelectualidad alcanzado. Ya hacia fines del siglo antepasado empezó á ponerse de relieve el desequilibrio entre lo intelectual y lo espiritual, desequilibrio que se desarrolló y alcanzó su apogeo en el último cuarto del siglo pasado, produciendo la crisis que tendrá su período álgido y su solución completa en este primer cuarto de siglo en que nos encontramos; esta solución será, indudablemente, un estado social mucho más justo y armónico que el que hoy tenemos, el cual traerá consigo una mucha mayor espiritualidad que se traducirá en un sentimiento religioso relativamente ilustrado para las masas y en una filosofía espiritual en las clases directoras, que abrazarán las enseñanzas teosóficas de un modo franco y declarado, en el último cuarto de este siglo, tan pronto vuelvan los M. M.

á influir directa y abiertamente, en mucha mayor escala que pudieron hacerlo en el pasado siglo, cuando fundaron la S. T. y le dieron sus enseñanzas. Entonces es posible que deje de existir la misma S. T. *externa,* porque habrá cumplido su misión convirtiendo sus doctrinas en universales, pero existirá más fuerte y potente que nunca la S. T. interna como guía y directora de la Sociedad en general. Tales son, á vista de pájaro, las evoluciones que preveo en sus rasgos más salientes, y es de presumir que en fin del presente siglo nuestra quinta subraza empezará un ciclo de sorprendente progreso espiritual y de felicidad relativa, que superará á todo lo que hasta ahora ha pasado, cuando llegue á su apogeo, como fruto del equilibrio entre lo intelectual y lo espiritual que entonces habrá alcanzado. Para cuando esa aún lejana época llegue, la ciencia oficial habrá cambiado de sistema, y en lugar de estudiar meramente los *efectos* físicos como ahora, estará dedicada á investigar las *causas* suprasensibles, y probablemente se ocuparán en el desarrollo de los sentidos etéreos, habiendo descubrimientos y progresos en comparación de los cuales los que hoy se consideran estupendos serán como ideas infantiles. En época aún mucho más lejana que ésta, nos tocará á los que hemos sido los *pioniers* de nuestras doctrinas, volver al teatro de nuestros actuales trabajos, quizás, y quiera Karma que así sea, para emprender alguna tarea análoga, cada uno en su esfera, más ó menos transcendental ó importante con arreglo á su desarrollo y al Karma de méritos y deméritos que se haya creado.

. . . .

José Melián.»

Una coincidencia extraña. Hace años el Sr. Gómez Carrillo tuvo una cuestión personal con el Sr. D. Benigno Varela, cuestión que ventilaron en el terreno de las armas.

Terminado el duelo, el Sr. Gómez Carrillo dió la mano, como es costumbre, á su rival, reconciliándose con él y para significarle aún más su simpatía le regaló un *porte-bonheur* á su amigo, diciéndole:

—Es un amuleto japonés; el que lo lleva no puede ser herido y el que lo posee seguramente se deshace de su rival. Se lo regalo á usted para que tenga fortuna.

Pasado algún tiempo, Benigno Varela, en la primer cues-

tión personal que ha tenido, ha dado muerte, contra su voluntad, á su contrincante, y de todos son sabidas las amarguras y los infortunios que ha pasado, como consecuencia de ese hecho.

Aun siendo una broma lo que dijera el Sr. Gómez Carrillo entregando al Sr. Varela el amuleto japonés, el hecho es curiosísimo. Si no se trata de un amuleto, ni *sirve* para semejante cosa, es más extraño todo lo ocurrido que si realmente fuese aquéllo y fuera también una joya conservadora de la vida.

El movimiento teosófico en Rusia. Durante el pasado año, á pesar de las múltiples dificultades con que han tenido que luchar los teosofistas, ha crecido el movimiento en Rusia de un modo considerable. En San Petersburgo han podido trabajar regularmente cuatro grupos, dando lecturas y conferencias.

Otros grupos de estudiantes han sido creados en Moscú, Kieu, Kalonga y Vladikankar. En los periódicos han visto la luz algunos artículos de teosofía, gracias á la perseverancia de los grandes y excelentes propagadores.

Ideas de ayer y de hoy. No hace mucho acaba de publicar el doctor Rodolfo del Castillo una Memoria referente á la esterilización de las aguas del Nilo en el siglo XI, sacada de un documento que halló el autor en su excursión á Egipto en la biblioteca Khedival del Cairo, y se demuestra de una manera documental que las aguas en aquel siglo se filtraban, se trataban por antisépticos y se hervían como se practica hoy, según las novísimas investigaciones modernas que consideramos como una conquista de nuestro siglo. Es un trabajo notable é interesante para los que cultivan la ciencia y la higiene.

Véase cómo las nociones de asepsia y antisepsia eran conocidas de los antiguos, aunque no las hubieran sistematizado del modo que hoy se suministran entre nosotros.

R.

BIBLIOGRAFÍA

M. Guyau. — *La Moral de Epicuro.* — Versión española de A. Hernández Almansa. — Biblioteca Científico-Filosófica. — Daniel Jorro, editor. Calle de la Paz, 23, Madrid. — Un vol.

Hablando de este libro recientemente, ha dicho el Sr. Posada, de la Universidad de Oviedo:

«Era Guyau un filósofo sano, animador, expansivo, de los que atraen no sólo por la profundidad de las ideas, sino por el arte con que sabía expresarlas. Debe recordarse que el autor de *La educación y la herencia* era, además, un poeta, y que su inspiración, manifestada en los *Versos de un filósofo*, se advertía, tonificándola, en toda su obra reflexiva de moralista y de sociólogo.

»¡Con cuántas ideas suyas, muy suyas, hemos tenido ocasión de *tropezar* por esos libros, haciendo su labor sugestiva, iluminando el pensamiento científico de publicistas y escritores! ¡Cuántas de sus adivinaciones geniales han cuajado en doctrinas! Pocos han visto como él tan claro el porvenir de las concepciones sociológicas de todas las manifestaciones de la actividad del hombre. Su filosofía, tranquila, armónica, puede considerarse como uno de los antecedentes más calificados del actual movimiento religioso y de las tendencias expansivas y altruistas que se dibujan en la sociología *aplicada* y en las corrientes salvadoras de la «acción social».

»Guyau fué un espíritu delicadísimo, dulce, fino y á la vez muy penetrante. Murió joven, á los treinta y tres años. Asombra su gran labor, contenida en sus hermosos libros.

»Verdad es que empezó muy pronto su vida de filósofo activo. Fué un caso de extraordinaria precocidad y fecundidad. Este libro — sereno, de erudición sólida, de madurez excepcional — sobre Epicuro, se escribió cuando Guyau tenía diez y nueve años. A él aludía el insigne Tarde al recordar la presentación de Guyau ante la Academia Francesa de Ciencias Morales y

Políticas. A los diez y nueve años—decía el autor de *Las leyes de la imitación*—*surgió*, con su Memoria en la Academia, como un joven inspirado entre los «doctores de la ley».

»Pero, aun así, fué muy corto el período de actividad filosófica de Guyau: de los diez y nueve á los treinta y tres años. No obstante lo cual, dejó obras suficientes para que su nombre pueda colocarse entre los de escritores más fecundos, al lado de los primeros filósofos de la Francia contemporánea.»

Guyau fué, en efecto, un santo, un alma pura. Tarde también lo consignó así, diciendo:

«Era un santo laico de los más perfectos que si, en lugar de haber nacido á orillas del Mediterráneo, surge en las riberas del Ganges, no hay duda que hubiera sido saludado como la reencarnación de alguna deidad metafísica.»

B.

Ruskin.—*La Biblia de Amiens.*—Versión española de C. Aparicio.—Un volumen.—Daniel Jorro, editor. Calle de la Paz, 23, Madrid.

Esta casa editorial parece que ha decidido publicar en castellano todas las obras del gran estético inglés John Ruskin, uno de los padres del movimiento moderno de la estética actual.

Esta empresa merece los mayores plácemes, porque jamás se ha producido una obra de ética más profunda que la acometida por el autor de *Las siete lámparas de la Arquitectura.*

Llega un poco tarde á nosotros la obra de este gran hombre; pero llega al fin, y es de creer que dé los debidos frutos que ha dado en todas partes. Con esto se le pagará también un obligado tributo, pues Ruskin fué un entusiasta de España y un decidido admirador de nuestro arte.

En *La Biblia de Amiens* puede aprender mucho el lector español y puede hallar también un nuevo pnnto de cita para la apreciación de los monumentos y, sobre todo, para comprender los segundos orígenes del cristianismo, esto es, sus orígenes de arte y de representación.

U. G.

C. Wagner.—*Junto al hogar.*—Versión española de H. Giner de los Ríos. Un vol.—Daniel Jorro, editor. Paz, 23, Madrid, 1907.

En el breve prólogo de este libro está contenido todo su objeto. Es un libro de edificación y de consuelo que, siendo conmovedor y sencillo, no llega nunca al sentimentalismo enfermizo de los que prodigan la palabra sentimiento como un oficioso saludo.

Es un estudio de la familia, de esa institución «que expuesta á los errores y las pasiones de los hombres, por sus condiciones externas pertenece al dominio de lo efímero», desgraciadamente.

La aspiración del autor es que algunos lectores aprendan á amarse más, á estimarse como se deben estimar recíprocamente todos los hombres.

U. G.

La Musicoterapia ó aplicación de la música á la curación de las enfermedades, por M. Daubresse.—Precio: 50 céntimos.—Biblioteca de «La Irradiación», Atocha, 147 principal. Madrid.

Aunque ya se empleó la música en el tratamiento de las enfermedades en los comienzos del siglo pasado, en la actualidad es cuando ha tomado gran importancia, dedicando á esta rama de la Terapéutica preferente atención las Asociaciones científicas y las eminencias médicas.

En este interesante librito el autor reúne las reglas prácticas recomendadas para la curación de las enfermedades por la música, y con especialidad en atinadas aplicaciones á la catalepsia y á la locura.

Resulta el librito muy útil, no sólo á los médicos, sino también á todas las clases de sociedad que quieran conseguir el alivio de las enfermedades.

E.

Artes Gráficas. J. Palacios, Arenal, 27.